

## **MISCELANEAS**

## **DOS MOTIVOS, PUERTO CABELLO Y SU HIMNO (\*)**

**Lucas Guillermo Castillo Lara (\*\*)**

En este corazón artístico de Puerto Cabello que es su Teatro Municipal, celebramos la exaltación del sentimiento musical porteño, que hoy se viste de fiesta grande en la aclamación de su himno ciudadano. Glosando la conocida canción “Motivos”, tengo dos motivos fundamentales para estar en esta solemne festividad porteña. Un motivo es el amor a esta ciudad, y otro la amistad fraternal con el Dr. Italo Pizolante.

Ya lo dije en anterior ocasión y ahora lo repito: Se ama a Puerto Cabello porque se ha nacido en él, porque se lleva sangre porteña, o porque le ha llegado el cariño por la ruta del corazón. A mi me nació a través de unos azules ojos porteños, de la novia de ayer y de siempre, que han sido luz y vida de mi existir. Y por ella y por su tradicional grupo familiar porteño, aprendí a conocer algo de Puerto Cabello y de su gente. Y sobre todo comencé a descubrir ese espíritu de porteñidad, que une a los de este pedazo azul de cielo, tierra y mar que se llama Puerto Cabello.

El acendrado afecto que he cobrado a esta ciudad lo he voceado y escrito en anteriores ocasiones. Desde aquella primera vez cuando estrenaba mis años universitarios, y en este mismo Teatro Municipal llamaba a “la ciudad de los tres horizontes marinos, porque el otro se lo robó la montaña”. En esos mismos tiempos, cuando mi corazón estrenaba su gran amor, pude asomarme a la gloria y la alegría de esta ciudad. En una estampa intitulada “Nostalgia y Evocación de Puerto Cabello”, publicada años más tarde, traté de recoger mis sentimientos sobre Puerto Cabello.

Iniciaba mi Evocación, con aquellas frases que han tenido la buena fortuna de perpetuarse en la memoria porteña: “Cuando el agua rodó sobre el agua,

---

(\*) Discurso pronunciado en el teatro Municipal de Puerto Cabello el 5 de agosto de 1998, con motivo de la proclamación del Himno de Puerto Cabello cuyo autor es don Italo Pizolante.

(\*\*) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Sillón Letra «D»

nació la espuma. Cuando la espuma durmió sobre la playa, se hechizó la arena. Y entre espumas y arenas, sobre el azul del agua y bajo el azul del cielo, nació Puerto Cabello. Surgió de la tierra o del mar, de la costa o de la espuma. Tallo que se dobla en flor hacia el azul. Cacerola de espuma que asciende hacia la nube.

En la ruta de ese cariño porteño, he escrito y publicado varias otras páginas. En ellas siempre ha estado presente la emoción lírica que despierta su paisaje, y el espíritu de su gente que derrocha amistad. Permitidme repetir algunos párrafos, de mi "Tiempo de amanecer para el tiempo de Puerto Cabello". "Tiéndeme tus manos marineras, Puerto Cabello. Tus manos de bronce y agua, con dedos de costa limpia y arena enamorada. Con ellos podemos alcanzar hasta el mismo corazón de la alborada. Con esas manos limpias podemos recoger tu mejor palabra. La que tiene un color de sol y de fresca mañana, la que sabe a sal y mar y yodados aires. La que se dice con amor y se entrega espontánea. La que se perfila en vuelo de gaviotas y la que se arremansa en el ancla. La que se despide en pañuelos de sirenas o se abraza en ligaduras de atarraya. La palabra de tu marinero en trance de navegar o la de tu navegante en abrazo de llegada....»

Puerto Cabello es una vivencia hecha de realidad y sueño, y ¿qué cosa mejor para amarrar los sueños que el corazón? Los hombres no se sujetan con cadenas sino con leve atadura de amor, igual que ese cabello de aire que fabricó la leyenda para amarrar a este Puerto. Por eso, cuando le fabricaron Castillo y murallas para que no se fuese a navegar imposibles con esas islas rocheleras de allá enfrente, sólo le contuvo el amor a la tierra, a su costa y a su espuma. Igual a como lo detuvo el azul, que le amarró por sus costados marineros y le dimensionó más acá de la montaña espaldera. Por el mar o por el aire navegan los sueños, como gaviotas blancas o campaneros de la sierra, y uno a uno van anclando en este Puerto de Cabello. El latido se enciende en el pulso de todas las voces y se alza en el rumor de la Rosa de los Vientos, en busca de la canción nostálgica del puerto....

"¡Qué dulce plenipuerto en este mar ardido de azules y de blancos, de voces y de yodos, de gritos y de sales! Los azules cosen en su entraña de agua las cabelleras de la blanca espuma. El puerto bebe su silencio verdiazul en el ancho regazo de su bahía. Las aguas verdioscuras de la rada muestran su nostalgia de espumas en el suave ronroneo de sus mareas, que golpean tímidas los costados de los muelles..... Más allá de la rada tranquila y las aguas de espejo, está la furia del mar. En la restinga frontera, donde se anida el Castillo, las olas brincan en espumosa cólera y estallan con violencia en Punta Brava. La brisa suave y limpia se acollara en las jarcias desnudas, retoza juguetona frente al portón de la casa y se va a sotavento a peinar los lomos de golfo Triste.....

“¡Canto de caracolas enamoradas, el de las islas centinelas! Desde Isla Larga Borburata hasta Goaguaza, las navegantes islas sueñan con singladuras lejanas, oyendo los cuentos que les traen las olas conversadoras. Entonces les dan ganas de viajar y llaman al Puerto de compañero, pero está amarado con su cabello de oro. Puerto Cabello de la flor alba en la pleamar amanecida. Tarde de la luz herida en la sal de una lágrima. Vete a navegar hacia el mañana, izando tus velas marineras por el mar de la promesa.

La mar se ha enamorado de Puerto Cabello. Lo besa en la boca de su puerto, lo acaricia en los flancos de su playa, lo encrespa de espumas en Punta Brava y se aquerencia en su bahía como una niña entre sus brazos. Color de puerto en sol en este mar aquietado, como una mariposa blanca en la esmeralda de agua. En las ventanas del alba se mecieron los cocales, para saludar a las gaviotas que desfloraban el aire. ¡Qué luz y qué mar para hacer el azul! ¡Qué llama de sol y de blanca claridad para hacer la luz! ¡Qué morenez de playa tibia para hacer la arena! ¡Y qué tierra, y qué mar, y qué azul para nacer Puerto Cabello”.

El segundo motivo para mi presencia en esta fiesta de porteñidad, es la amistad con un hijo ejemplar de esta ciudad, Italo Pizolante. Con él he cultivado una vinculación afectiva y fraterna, y es lógico que esté a su lado en una de sus horas mejores, la del reconocimiento a su amor a Puerto Cabello. Por ello felicito a la Alcaldía, al Ilustre Concejo Municipal, al infatigable Cronista, por llenar con creces el vacío oficial del himno ciudadano, al decretar himno oficial de la ciudad la afamada canción “Puerto Cabello”. Es un acto de limpia justicia para con la ciudad, que ahora tiene derecho oficial a soñar con la inspirada melodía. Y es un acto de gratitud a su dilecto hijo Italo Pizolante, que logró encontrar el camino de esos sueños. De todo corazón me uno a esas congratulaciones a Italo, y uno en ellas a Nelly, su inspiración de siempre, y a los hijos y nietos de su amor.

Once años atrás, en un discurso que pronunciara aquí en esta ciudad, quizás inspirado por esa canción nostálgica del Puerto, tuve el honor de augurar este acto que se cumple hoy. Al hablar de los personajes de esta tierra, citaba: “A ese músico-poeta y dilecto amigo, Italo Pizolante, que encontrara el alma de Puerto Cabello en su himno sentimental”. Así lo sentía el pueblo, así lo sentía yo, y ahora recibe el bautismo oficial.

En esa canción, ahora elevada a la categoría himnástica, están reunidos los elementos que caracterizan la ciudad: su paisaje y el espíritu de sus gentes. Es una dimensión intemporal de verso y música, para encontrar las voces íntimas de su recóndita esencia. Música y letra se conjugan para hacernos soñar con sus cálidas melodías. Hay allí arte musical y poesía, pero sobre

todo sentimiento que nos hacen entrar en el mundo de la evocación. La ciudad se siente reflejada como en un espejo azulado, y penetra hondo en el corazón de los recuerdos.

Se reconoce al Puerto Viejo con sus pasos quedos de brisa leve, las voces marineras, los soles quemantes y los aleros de sombra. Tardes embrujadas de murientes acuarelas, que se dormían sobre el mar y florecían de miradas en la Plaza Flores. Sea cual sea el lugar donde se le oiga, uno se sabe y se siente en Puerto Cabello, viviendo y respirando su esencia. La imaginación se echa a volar con ese “pedacito de cielo”, no en abstracto sino cercano, abrazando paisaje y gente. Playas que acarician los “encajes de espuma Caribe”. Arenas “que vivieron mil romances de amor”. La magia del paisaje marinerero que comenzaba en Patanemo, rondaba por entre las Islas centinelas, golpeaba en Punta Brava, se aquietaba en el espejo de la rada, y por Cumboto y El Palito se fugaba a Golfo Triste.

“Mi Puerto Viejo”, con voces transidas lo llama la canción, y se entra al “corazón azul de la leyenda”. Y se lleva de compañera una “luna linda en el mar”, que tiene caminitos de luz en las aguas dormidas para el encuentro enamorado. Si no se ha vivido a plenitud una luna porteña, no se puede conocer el embrujo de los sueños.

La música desgrana los versos, y la canción rememora la estampa de medalla antigua que nos entrega el rostro de la ciudad. Es un canto desvelado de cosas añejas, que conserva la solera de las cosas nobles. Uno recuerda al silencio viejo de las penumbrosas callejuelas, los caserones solariegos que iban quedando desiertos o principiaban a desaparecer. Altos balcones y enrejadas ventanas, muros salitrosos y desconchados, y una historia que se asomaba a cada paso. Todo nos hace revivir ese pasado porteño que aquí se asentó, y a los hombres que dejaron aquí su impronta.

Se golpean las puertas del tiempo para que devuelva la vieja estampa que se sumió en el ayer. De allí saca Italo los recuerdos y los va engarzando en notas y compases, que nos hacen revivir tiempos idos pero cercanos a nuestro corazón. Y de repente uno se da cuenta que muchos de esos seres se han ido a su cita de eternidad, y que sólo queda el reclamo del silencio y el abrazo fiel de Dios que abre la celeste esperanza,

Pero la nostalgia que se insinúa no apaga la promesa de la gente nueva, que tiene fe y voluntad de construir y de hacer. Desde esos tiempos viejos que cosió el silencio. La ciudad rememora el pasado, pero no está inmersa en él. Es una ciudad que vive a plenitud sus ansias de futuro. Las calles deslumbrantes de sol se pueblan de voces y rumores, de movimientos y de gritos, del

afanoso tragar de la vida diaria que se mueve afiebrada, entre muelles y aduana, oficinas y negocios, la base y el Castillo, Puente Afuera, la nueva periferia urbana. Está vigente la esperanza de un día distinto y promisor.

Toda esa evocación de seres y cosas porteñas que se aquerencian en los versos y compases del nuevo himno ciudadano, hay que agradecerse a este porteño ejemplar Italo Pizolante. Caballero del verso y la ecuación, juglar de la música y el poema, que le brotan por entre los dedos del alma. Un hombre que brilla por su modestia velando su valer. Un porteño que ama con irresistible vocación a su ciudad, y le entrega generoso su arte y poesía para echarla a volar en sus canciones por tierras nuestras y ajenas. Un porteño así, bien merece este justiciero homenaje que hoy se le rinde al consagrar a su “Puerto Cabello”, a ese hijo entrañable de su espítitu, como el himno de su amada ciudad, digo mal, de nuestra amada ciudad, del bien llegar y del nunca salir.

Italo, te tiendo voz y mano para felicitarte y agradecerte, por la lumbre de tus versos y la cadencia de tus musicales armonías. Gracias, te dice Puerto Cabello; gracias, te dicen tus amigos: gracias te dice este fraterno orador.